

A propósito de la orfandad¹⁰

About the orphanage

Sandra Beatriz Alvarán Garcés

Recibido: 26 de julio 2011. Aprobado: 20 de Agosto de 2011

Resumen

Este artículo se aproxima a la obra *Los ríos profundos* de José María Arguedas como una obra que evoca la memoria, recuerda la orfandad y conduce también al reconocimiento y a la certeza de que no hay abandono. Gracias a la presencia de *La Pachamama* es posible rescatar de la violencia del tiempo, una historia que fue y que sigue siendo ahora. Arguedas fusiona el pasado en el presente, navega con el tiempo y obliga también a realizar el viaje hacia el interior de nuestra propia memoria. Nuestros pasos dados marcarán la historia de los que siguen. El hecho sublime de su obra radica en el despertar que logra en la conciencia de quien todavía posee intuición.

Palabras clave: *Los ríos profundos*; José María Arguedas; Literatura latinoamericana; Pensamiento latinoamericano; Pachamama.

Abstract

This paper addresses the novel *Los ríos profundos* by Jose Maria Arguedas as a work that evokes the memory recalls the orphanage and also leads to recognition and certainty that no abandonment. Thanks to the presence of *La Pachamama* is possible to rescue the violence of the time, a story that was and still is now. Arguedas fuses the past in the present, browse time and also requires making the journey into our own memory. Our steps taken mark the history of those who follow. The sublime fact of his work lies in the awakening of consciousness achieved in who still own intuition

Keywords: *Los ríos profundos*; José María Arguedas; Latin American; Latin American thought; Pachamama.

“Tocar un illa, y morir o alcanzar la resurrección, es posible.”

(*Los ríos profundos*. Arguedas, J. M. 1976. p. 70.)

La novela, *Los ríos profundos* de José María Arguedas, es una obra no sólo para leer, sino para ver desde la conciencia; implica en primera instancia un reconocimiento de identidad, debemos plantearnos una pregunta fundamental, ¿Qué somos? ¿Qué configura

¹⁰ Artículo avance de la tesis de Maestría en Literaturas colombiana y latinoamericana de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle.

nuestro pensamiento, nuestra forma de ver? ¿De qué estamos hechos? ¿Qué es éste hombre latinoamericano?, la pregunta inicial nos permite caminar de la mano con el personaje, si no en busca de esas respuestas, por lo menos al punto de inicio en donde se crean los interrogantes, de lo contrario estaríamos haciendo sólo una lectura de la obra y quizá no la más relevante y fundamental de todas las posibles. Ernesto aparece en el tiempo presente de la historia en su edad adolescente, no es un chico común, es un joven dotado de sensibilidad, de fascinación y de interrogación, el mundo que habita no es para él un lugar desapercibido, cada objeto que lo rodea tiene un significado, por tanto un trasfondo en el cual leer. Junto con esa percepción del mundo, lo acompaña una idea constante y melancólica que lo conecta con el pasado, sin embargo no el inmediato, más bien es un pasado lejano que le canta canciones y le susurra mensajes de otros tiempos en donde parecía más feliz y más lleno, quiero decir que su percepción de este mundo no hace parte solamente del presente, sino que presente y pasado se encuentran con él para conducirlo al momento de sus ancestros:

(...) Eran más grandes y extrañas de cuanto había imaginado las piedras del muro incaico; bullían bajo el segundo piso encalado que por el lado de la calle angosta, era ciego. Me acordé, entonces, de las canciones quechuas que repiten una frase patética constante: “*yawar mayu*”, río de sangre; “*yawarunu*”, agua sangrienta; “*puk-tik, yawark’ocha*”, lago de sangre que hierve; “*yawarwek’e*” lágrimas de sangre. ¿Acaso no podría decirse “*yawarrumi*” piedra de sangre. O “*puk’tik, yawarrumi*”, piedra de sangre hirviente? Era estático el muro, pero hervía por todas sus líneas y la superficie era cambiante, como la de los ríos en el verano, que tienen una cima así, hacia el centro del caudal que es la zona temible, la más poderosa (...) (*Ibíd.* p.11)

Cada acontecimiento es una evocación al pasado histórico, a su propio pasado que le muestra terribles episodios en donde el río ya no canta cantos rituales de bienaventuranza, sino que el río grita, llora sangre por sus torrentes, por sus poros, porque fue testigo del ultraje y de las grandes muertes que destruyeron su hogar indígena, él no sólo ve su pasado si no que lo revive en cada conexión a la que asiste, así su relato vuelve a vivir con cada participación suya. Él le otorga a la historia del pueblo antiguo un nuevo latir, le ofrece un corazón, el mismo corazón que su padre otorgó a su pueblo peruano, el mismo corazón que Arguedas entregó con su propia vida, por eso la obra de Arguedas es un ritual. A ella debemos asistir para respirarla más que para leerla.

Ernesto camina su país, hace un viaje a su memoria que no sólo es su memoria sino la memoria de su pueblo, que contrastada con su realidad presente lo lleva a despertar una conciencia de identidad perdida, encontrar los pueblos descritos por su padre, ajenos y

distantes del otrora majestuoso imperio inca. “El Cuzco de mi padre el que me había descrito quizá mil veces, no podía ser ese”, ahora ruinoso y con un latir y un pálpito ciego y sin voz, temeroso y reprimido, entre adoquines y balconcitos coloniales que entre esta modernidad impuesta, deja entrever ríos de sangre y almas acalladas, aplastadas, cruces de madera e ídolos de yeso que reemplazaron el sol y la danza de los astros. Esta es la principal orfandad que sufre nuestro personaje, su madre ausente y muerta desde su niñez, es sólo un referente de carácter lineal que ubica el contexto histórico de la novela, sin embargo más allá de esa orfandad natural se encuentra el olvido de la fuente, de lo esencial; detrás de esa madre ida, hay otra madre universal ausente, invisible. Ernesto la reclama, una madre, una tierra, una cultura, un mundo ritual en donde cada gesto tenga sentido, por eso su conexión más real es con la naturaleza, y a través de ella con la mujer, en ella busca complicidad, busca recogimiento y razón de vida. La orfandad de Ernesto es la orfandad del pueblo latinoamericano que rápidamente ha ido perdiendo sus raíces, y lo que es peor, negándolas, bajo el dominio y el miedo de la voz patriarcal representada por el conquistador y el colono, más grave aún es la pérdida de la memoria ancestral, caminar por ahí sin ningún vestigio de vida, de historia, pateando cada acto como si éste, no pudiera llegar a ser el último, negando a dios y también con él la fe. La transformación que adquiere este nuevo hombre, sin padre, ni madre legítimos, es monstruosa, un ser sin cabeza, sin cola, sin corazón, sin origen, sin embargo no lo sabe, no es consciente del asalto de espíritu que hicieron dentro de él, por lo tanto maltrata la naturaleza sin el menor sentido de la vergüenza. Ernesto no puede con esa pesadumbre de ser mestizo, su decisión es el aislamiento, y allí desarrolla la sensibilidad que lo conduce hacia el camino de justicia, aquel en donde cada uno pueda tener raíces, la dignidad para nuestro personaje es fundamental en el desarrollo del ser, pues este ultraje es el comienzo de la destrucción de un pensamiento colectivo capaz de transformar el entorno.

El encuentro de Ernesto con el viejo, al comienzo de la obra, es el encuentro con la voz dominante de quien ha perdido de vista la sensibilidad y la magia natural de la tierra, sólo la necesidad del poder le indica los pasos, pasos atroces que conllevan el látigo con el que se violenta a millones de seres, asesinandolos física y espiritualmente. “Infundía respeto, a pesar de su anticuada y sucia apariencia. Las personas principales del Cuzco lo

saludaban seriamente. Llevaba siempre un bastón con puño de oro; su sombrero, de angosta ala, le daba un poco de sombra sobre la frente.” (*Ibíd.* p. 7)

El viejo infundía respeto, era cierto, pero el respeto en esos nuevos tiempos era sinónimo de temor, era necesario respetar a aquellos que podrían hacer de las vidas un juego de poder. Infundía miedo, eso era realmente lo que el viejo inspiraba, y no obstante había muchos que seguían ciegamente creyendo que lo que infundía era respeto, mentes y espíritus ya contaminados por esa violencia epistémica aplicada al mundo indígena, en donde respeto y muerte son ya un matrimonio.

Desde las cumbres grita, con voz de condenado, advirtiendo a sus indios que él está en todas partes. Almacena las frutas de las huertas, y las deja pudrir; creen que vale muy poco para traerlas a vender al Cuzco o llevarlas a Abancay y que cuestan demasiado para dejárselas a los colonos. (*Ibíd.* p. 7)

La voz del viejo se expande y tiene eco, es la voz miserable que ha robado y silenciado la voz del indio, la voz verdadera y espiritual que poseían las tierras de los hermanos mayores, antes del extranjero. La voz del viejo es la voz patriarcal que vemos referenciada también a través del sincretismo religioso, al haber sido impuesto el cristianismo, se impone el poder hablar a través de la voz divina, y como el indígena creía en la voz superior mística y natural, de alguna manera se ve sometido a la conversión a través de su propia fe.

-Esta plaza, ¿es española?

-No. La plaza no. Los arcos. Los templos. La plaza, no. La hizo Pachakutek', el Inca renovador de la tierra.

¿No es distinta de los cientos de plazas que has visto?

-Será por eso que guarda el resplandor del cielo. Nos alumbraba desde la fachada de las torres. Papá ¡amanecemos aquí!

-Puede que Dios viva mejor en esta plaza, porque es el centro del mundo, elegida por el Inca. No es cierto que la tierra sea redonda. Es larga, acuérdate, hijo, que hemos andando siempre a lo largo o a lo ancho del mundo. (*Ibíd.* p. 15)

En manos de la iglesia católica estará ahora la voz que guía los pueblos, una voz que a medida que se expande, expande con ella la ceguera, la ignominia y la pérdida de la memoria ancestral, los rituales que acercaban al indígena con su divinidad fueron arrebatados, puestos a la hoguera donde arderían eternamente como pecado, la hoguera es el símbolo terrorista del dominio patriarcal, por eso a la hoguera se fueron todos aquellos que reclamaban justicia y equidad, y rápidamente el concepto de magia y de ritual

pasarían a ocupar el lugar de la ficción. Así que Ernesto es el personaje de esa historia ficcional de Arguedas, contando con que su historia, su propia experiencia de vida será contada a través de Ernesto.

Arguedas y Ernesto son un mismo personaje, Ernesto y su padre, siempre; Arguedas y su padre siempre; ellos son el río profundo, son el hombre latinoamericano huérfano de madre patria, sin identidad cultural que recuerde o rememore los cantos rituales. Sin padre porque éste se quedó en las alturas. En la superficie el río es aparentemente calmo, todo en él es perfecto, bello, incita a lanzarse, quien lo haga corre el riesgo de ser atrapado por una gran turbulencia que encierra ese espejo superficial, arriba el zorro, puede verse desde la superficie, en cambio el zorro de abajo es invisible y es todavía más feroz. En el fondo del río está la tradición, la imagen clara de un pueblo que vivía en conciencia natural, y sobre ellos el ultraje, por ser humanos, por ser esencial y por ser naturaleza. Arguedas fue un indio atrapado en un mestizo, sufre las consecuencias de esa dicotomía, no soporta la injusticia cometida por el hombre blanco, y no es plenamente aceptado como indio, porque no lo es, en su aspecto, incluso muchos de ellos han olvidado su lengua madre, pero él no:

-¡Señoray, rimakusk'ayki! (Déjame hablarte, señora!) –insistí, muchas veces pretendiendo entrar en alguna casa. Pero las mujeres me miraban atemorizadas y con desconfianza. Ya no escuchaban ni el lenguaje de los ayllus; les habían hecho perder la memoria, porque yo les hablé con las palabras y el tono de los comuneros, y me desconocieron. (*Ibíd.* p. 45)

Arguedas exorciza su angustia, su propia búsqueda y sus descubrimientos en la construcción de su personaje. Ernesto es el indio, Arguedas es el mestizo, y sólo así logra hacer justicia dentro de su imaginario vital, exorcismo que bien podríamos llamar sueño latinoamericano al día en que indios y mestizos se reconozcan así mismos como humanos, como hombres naturales y reconozcan la magia ritual como parte fundamental de la evolución de los hombres. Arguedas vivió constantemente entre el horror y la belleza, más allá del horror de ser hombre latinoamericano sin voz y sin madre, fue también un ser histórico que trajo al presente toda la memoria ancestral, cargada de un latir, de un canto, de un susurro natural como el del *zumbayllu*, toda una belleza cosmogónica de un hombre antiguo que alguna vez perteneció a alguna parte y que ahora está en otro momento de esa misma historia, pero un momento desmembrado, huérfano

de *pachamama*, se encuentra aún atrapado sin poder liberar ese chamán que comprende el mundo esencial y su relevancia en la transformación y evolución de los pueblos y de la tierra. El horror de Ernesto es el horror de tener una madre muerta, un padre ausente y una identidad no identificada, no aceptada, ni configurada en ese cuerpo mestizo, el horror de Arguedas es la soledad y muerte de una gran voz que se extendía y volaba por todos los andes y penetraba en los poros de sus habitantes, haciéndose música y baile.

Puede hacerse incluso sólo la lectura de la novela como una simple novela de formación y llegamos a una conclusión de gran importancia; Ernesto es un adolescente, huérfano de madre, pero con un padre que lo introduce en el mundo y su aprendizaje con cierta dulzura y sabiduría, inculca en él valores como el respeto y la dignidad, además del reconocimiento de la naturaleza y sobre todo la necesidad de enfrentarse al mundo sólo, como efectivamente tuvo que hacerlo cuando su padre lo dejó instalado en un internado y nuevamente huérfano, esta vez de padre. Ernesto se ve enfrentado a padecer las molestias propias de su edad, física y emocionalmente y entra en un estado de conciencia distinto al no ser niño ya, ni adulto aun, es un joven que abandona su vestimenta infantil y debe ponerse un nuevo ropaje más adulto, más serio, más social. En este proceso de interiorización Ernesto descubre muchas cosas que le incomodan y no le permiten acoplarse, se siente distinto a sus compañeros, no comparte muchas de sus prácticas, extraña sus antiguos deseos y necesidades que aún siguen latiendo, recurre entonces al aislamiento y a la observación. Modelando así poco a poco el ser adulto que se formaba en él, un hombre sensible, en equilibrio con la naturaleza, consciente de lo justo y de la desigualdad que veía en el mundo social, la soledad del personaje es fundamental en el proceso de reconocimiento que Ernesto hace del mundo en el que vivía, porque le permite además entrar en estados de cuestionamientos y respuestas. Su erotismo y sexualidad se observan también en la obra, y aunque no se desarrolla a plenitud, logra insinuar aspectos fundamentales y la necesidad del personaje por la complicidad femenina, el calor de mujer, la ternura y su voz ritual que le indica la protección y la supervivencia, naturales, además en un personaje huérfano de madre que no conoce su calor, por eso el encuentro de Ernesto con Doña Felipa, es tan importante en la vida del personaje, porque ella es la representación de ese calor que todo ser necesita y que es la madre la única quizá que pueda otorgarlo, la imagen que proyecta sobre él es la de la

justicia, la unificación de una revolución digna, Felipa es capaz de pelear hasta la muerte por defender su palabra, que no es sólo su palabra sino la de todas las mujeres que con ella luchan, así Ernesto no duda un instante en seguirla, y no sólo en la marcha sino que la tendrá presente hasta en los momentos más contundentes de su existencia. Finalmente Ernesto toma la decisión después de su viaje interior, decide internarse en la selva y buscar sus raíces.

Convertido en un ser social, con conocimiento de causa frente a la sociedad que habita Ernesto toma la senda de sí mismo, la selva, las raíces, no busca la comodidad del hombre moderno, busca una voz que identifique a la humanidad, toma una decisión y busca los caminos que tengan libertad.

-Mejor me hundo en la quebrada! –exclamé-.
La atravieso, llego a Toraya, y de allí a la cordillera...
¡No me agarrará la peste! (*Ibíd.* p. 244)

Doña Felipa: visión matriarcal del cosmos

A Doña Cayetana, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura, cuando yo era un niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena. A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio en quienes sentí por vez primera, la fuerza y la esperanza.¹¹

Una voz matriarcal está implícita en la obra de Arguedas, una voz escondida detrás del poder, del tirano que abusó no sólo de un hombre, sino de una raza, de una cultura y de una tradición, la voz matriarcal que grita y reclama lo que robaron de sus entrañas, una voz que reclama a sus hijos muertos y a todos sus descendientes. Es la voz del pueblo latinoamericano, hecha revolución en el corazón de Felipa, una mestiza, dueña de una chichería, quien fue capaz de asumir como líder para reclamar la sal que les estaban negando y que consideraba derecho propio, alcanzando la revolución de todas las chicheras del pueblo, quienes unidas lograron dar el paso hacia la reclamación de los derechos, no sólo para ellas, sino para los indios de Patibamba. El hombre latinoamericano no posee una identidad que lo dignifique, no hay claridad frente al camino recorrido, no están claros sus ancestros, ni sus raíces, no se comprende la importancia del ritual, si es negra, si es india, si es mestiza, o pura española atrapada en

¹¹Dedicatoria inicial del poema: “A nuestro padre creador Túpac Amaru” tomado de: José María Arguedas. Obras completas, tomo v. Lima, editorial horizonte, 1983.

otras tierras, no lo sabemos con certeza, si era dios, o diosa o dioses, no lo sabemos, somos pura intuición, a dónde salte el corazón, ahí va el hombre latinoamericano porque su madre está demasiado distante, es apenas una figura celeste, envuelta en miles de lágrimas que imploran claridad, y sin embargo domina la voz de dios, de uno solo, que solito no ha podido salvar la humanidad hacia la igualdad, un dios que hizo perder la linterna que debería llevar su campamento, un dios que otorgó a sus hijos, toda la ira, toda la ambición y el delirio de una riqueza que se desconoce espiritualmente. Doña Felipa es en cambio, pura vida, tierra y sangre, como la tierra es fértil, fuerte y feroz, su naturaleza es la búsqueda de lo absoluto para el desarrollo de la humanidad, lo absoluto es la sal que a todos corresponde y que habitualmente se ha vuelto solo de unos pocos, para otros pocos, la sal para todos, derechos para todos, y ella reclama dignamente lo que le pertenece como madre, dignidad y armonía para su pueblo, no el desequilibrio que atropella. La voz femenina es presentada por Arguedas con pleno carácter y certeza y nos la recapitula Subirats en su ensayo sobre la obra del autor.

Nos conmueve una visión mítica de la rebelión de las chicheras contra una eterna opresión patriarcal sobre los pueblos milenarios de los Andes. Y nos conmueve la evasión de Doña Felipa selva adentro, la misma selva que las últimas palabras del libro revelan como un mítico país de los muertos. (Subirats, Eduardo, *El cosmos sagrado de Los ríos profundos*, ensayo. "Huak'cho")

La relación de Ernesto con el género femenino es absolutamente clara, se establece un pacto de respeto y dignidad, Ernesto busca la cercanía femenina dentro de su espíritu, cada ser existente tiene una posición que debe defender, y dentro de ese código de ética, Ernesto siente la presencia femenina y recibe de ella lo que puede ofrecerle, el calor, la cercanía, la seguridad de habitar en ella un lugar, sobre todo eso, el género es la representación del hogar que un ser humano necesita para vivir. Así Felipa aparece en el relato como la gran madre, la que es capaz de revelarse y tener voz, y pelear por sus hijos, porque ella es en sí misma naturaleza y puede revelarse, doña Felipe busca un sendero, que no es sólo suyo, que es el sendero de toda una comunidad, la comunidad humana que se representa única y poéticamente como la rebelión femenina, episodio histórico real que adquiere carácter mitológico para ser Felipe la madre tierra, La Pachamama, que grita y danza para reclamar lo suyo, por eso Felipa no muere

simplemente, se va hacia la selva, a internarse en ella, a recorrer el sendero de sí misma para beber de la fuente de todos los caminos que la conduzcan a la liberación.

(...) ahí estaba ella, la cabecilla, regulando desde lo alto del poyo hasta los latidos del corazón de cada una de las enfurecidas y victoriosas cholitas. Al menor intento de romper el silencio, ella miraba y las propias mujeres se empujaban unas a otras, imponiéndose orden, buscando equilibrio. Del rostro ancho de la chichera, de su frente pequeña, de sus ojos apenas visibles, brotaba una fuerza reguladora que envolvía, que detenía y ahuyentaba el temor. Arguedas, (*Op.cit.* p.102)

La rebelión de las chicheras, es un referente histórico de gran importancia, en el cual podemos identificar el avance de la mujer en la lucha por reclamar sus derechos, las mujeres se rebelan contra el poder patriarcal que domina a sus familias, es una revolución política de grandes implicaciones sociales, reclaman por su familia que es su núcleo principal, buscan así el equilibrio de una sociedad. La naturaleza va hacia donde le indica su instinto natural...la madre arrastra a sus hijos hasta donde pueda llevarlos, después solos deberán emprender el propio camino. La presencia de Felipa, su fuerza y valentía son a la vez una provocación para Ernesto que busca también encontrar una razón de ser y de estar, una voz para asumir su presencia y un equilibrio que conduzca a la igualdad.

Veamos lo que plantea Eduardo Subirats en su ensayo.

La función de Doña Felipa en la comunidad quechua de Abancay vis-à-vis sus autoridades militares y religiosas, y al propio Ernesto no se reduce a la sola y justa causa de la rebelión contra una ostensible e indignante opresión social. Esta confrontación social y política más bien expresa un conflicto más profundo. Arguedas dibuja la figura de Felipa como —fuerza reguladora que ahuyenta el temor y permite la acción restauradora de la justicia revolucionaria. (Subirats, *op.cit.* *La rebelión de la diosa madre.*)

Felipa se convertirá para Ernesto en la luz iluminadora y restauradora, ella es la representación del cosmos sagrado, durante todo el transcurso de la obra, el personaje nos ha estado involucrando con los elementos mágicos que corresponden al universo real indígena, su diálogo con los muros incaicos, la presencia del *zumbayllu* y su comunión mágica y restauradora del equilibrio, recordemos que el *zumbayllu*, generaba armonía en el internado, todos eran capaces de recogerse alrededor del sonido del *zumbayllu*, podían alejarse de sus pensamientos violentos y podían consagrarlos en un instante colectivo, el *zumbayllu* no era un objeto normal, era un elemento sagrado, fabricado con

procedimientos rigurosos que podían otorgarle a quien lo hiciera danzar la posibilidad de comunicación con otros seres a través del sonido.

El canto del *zumbayllu* se internaba en el oído, avivaba en la memoria la imagen de los ríos, de los árboles negros que cuelgan en las paredes de los abismos.

(...)

¿Qué semejanza había, qué corriente entre el mundo de los valles profundos y el cuerpo de ese pequeño juguete móvil, casi proteico, que escarbaba cantando la arena en la que el sol parecía disuelto?

(...)

Para mí era un ser nuevo, una aparición en el mundo hostil... (Arguedas, *op.cit.* p.75)

La magia del *zumbayllu*, los encuentros sanadores con el río, el viaje atemporal que realiza a través de los ríos profundos, la fluidez que logra al observar el misterio que posee, todos estos elementos han sido presentados como sagrados a lo largo de la obra, y es en doña Felipa en quien encontrará reflejada la magia del cosmos y su voz de equilibrio, ella era el río con toda su fuerza y su capacidad purificadora, ella era la fluidez que corre con toda la fuerza de espíritu que necesita un ser para ser guerrero. Observemos lo que piensa Ernesto en el puente Pachachaca donde realiza importantes reflexiones y empodera su espíritu.

-Tú eres como el río señora –dije, pensando en la cabecilla y mirando a lo lejos la corriente que se perdía en una curva violenta, entre flores de retama-. No te alcanzarán. ¡jajayllas! Y volverás. Miraré tu rostro, que es poderoso como el sol del mediodía. ¡Quemaremos, incendiaremos! (...)
(*Ibíd.* p. 162)

Podemos observar que la relación de Ernesto con doña Felipa no es sólo una relación afectiva desde el punto de vista psicológico debido a su orfandad, sino que lo es también desde el punto de vista mítico, ausencia de la *Pachamama*, en su vida y en su pueblo. Otras mujeres aparecen en la vida de Ernesto, mencionaré dos más, la opa Marcelina, una mujer en estado de locura, que los curas del internado permiten su acceso como ayudante de la cocina, pero la opa entra a jugar un papel preponderante en la vida del internado, se convierte en la representación y el símbolo del deseo masculino, ella es abusada por algunos internos, y objeto de deseo y masturbación por parte de algunos otros, la opa es un ser cargado de una aparente serenidad vital, ella es una mujer en el sentido de la

palabra desprendida de cánones , no es mujer de hogar, ni de hombre alguno, va y viene, es una mujer desprotegida del mundo, sola y abandonada al azar del destino, sin embargo, por momentos parece feliz, y Ernesto la observa a la distancia y asume para con ella el mismo respeto y dignidad que tendría con cualquier mujer, entra a mediar en su propia defensa frente a los demás chicos del internado. La opa es la mujer huérfana que está sujeta al sistema de dominio, tanto física como psicológicamente, ella no reclama nada para sí, ni siquiera un lugar propio de descanso, pero ella le otorga a Ernesto la seguridad y confirmación de la palabra de Felipa como la voz que es necesario escuchar.

Había desatado el rebozo de doña Felipa de lo alto de la cruz, en el puente del Pachachaca, el día anterior, su hazaña de esta noche era mayor. Oía a la banda de músicos desde el mirador más alto y solemne de la ciudad, y contemplaba, examinándolos, a los ilustres de Abancay. Los señalaba y enjuiciaba. Se festejaba a plenitud, quizá como ninguno. Pero su risa, el movimiento de su cuerpo, de sus cabellos, repercutían en mí con atroz tristeza (...) ¡cómo temblaba yo en esas horas en que de noche ella caía al patio interior, y los cielos y la tierra no podían devorarme a pesar de mis ruegos! (*Ibíd.* p. 198)

La otra mujer es la revelación, aquella que aparece para otorgarle el descanso, después de haber participado con Felipa en la revolución, Ernesto se encuentra en un recodo de la carretera descansando después de la marcha, allí se queda dormido y cuando despierta unos ojos azules están puestos sobre él otorgándole el calor vital, no sabe quién es ella, pero la siente muy cercana, casi como si fuera su pariente,

Yo hubiera querido cantar, entre lágrimas de sangre, aquel carnaval de Patibamba con que avanzamos por el mismo camino, hacia la hacienda. La señora me llevaba casi abrazándome, pero su ancho brazo con que me rodeaba el cuello y que tocaba mi hombro, no lo apoyaba en mí. No sentía ningún peso, sólo el calor de su piel. Yo iba callado. El mundo nunca fue más triste, calcinado, sin esperanza, hundido en mis entrañas como un helado duelo. “¡Dios mío! –iba diciendo- ¡haz que encuentre a mi padre en la puerta del colegio!”

En el momento de despedirnos, la señora me besó en los ojos. Y se regresó. Yo me olvidé de preguntarle su nombre. Pero como un sol inapagable veo siempre sus ojos azules, sus inmortales y tiernos ojos. (*Ibíd.* p. 108)

Más huérfano que nunca se entrega a la melancolía, la presencia de su madre más próxima, el lecho de arrullos de leche dulce, la absoluta soledad en un mundo que lo dejó sin fuente.

Estas mujeres transmiten para Ernesto la certeza de un camino, iluminan su corazón para que encuentre el suyo propio, el que le pertenece por derecho natural como ser humano. Ellas son la voz de la posibilidad, la voz de la reivindicación de la condición humana.

Un soldado ha dicho que te mataron, ¡pero no es cierto! ¡qué soldadito ha de matarte! Con tu ojo mirando desde lejos, desde la otra banda del río, tú puedes agarrarle la mano, quizás su corazón también.

El Pachachaca, el Apu, está, pues, contigo, ¡Jajayllas! (*Ibíd.* p.168)

Hay una herencia que nos ha sido traspasada, que ha llegado a nosotros a través de la intuición, si queremos llamarle mejor, pero esa herencia es la memoria colectiva de nuestros ancestros que ha ido atravesando los tiempos, con derrotas y reencuentros, con indiferencias y reconocimientos, es una herencia que no se sabe, sino que se siente, compone nuestro ser latinoamericano. Obras como *Los ríos profundos* de José María Arguedas nos evocan nuestra memoria, nos recuerdan nuestra orfandad pero nos conducen también al reconocimiento con la certeza de que no hay abandono, *La Pachamama* está presente, en una lucha por rescatar de la violencia del tiempo, una historia que fue y que sigue siendo ahora en nosotros. Arguedas fusiona el pasado en el presente, navega con el tiempo y nos obliga también a realizar el viaje hacia el interior de nuestra propia memoria. Nuestros pasos dados marcarán la historia de los que siguen. El hecho sublime de su obra radica en el despertar que logra en la conciencia de quien todavía posee intuición.